

DESNÚDATE CORTÁZAR, TE VENGO A BUSCAR

Por Martín Hopenhayn. Hospital St. Lazare, París, invierno del 84

Querido Cortázar:

Como toda seducción llevada más allá de la cuenta, la nuestra también tenía que acabar en posesión definitiva. Si mi intuición no me engaña (de hecho nunca lo hace), mi visita no te sorprende demasiado. Incluso ahora, cuando entre los más flagrantes contrabandos celulares, tu sangre, haciéndose la distraída y silbando bajito, abrigaba la carta del retorno a los adoquines de Quilmes. Tratándose de mí, y este es un secreto a voces, la unión amorosa no conoce divorcio. Como escritor, eso debiera alegrarte. Las pasiones perpetuas son como las palabras indelebiles que se prolongan en la memoria de tus lectores. Más aún: escribir, desde ahora, te parecerá la parca sombra de la unión que te invito a abrazar.

Cierto, tú no me llamaste. Pero los tímidos como tú deben resignarse a mis intervenciones inoportanas, venir a mí con la mansedumbre tierna de los que reciben el amor sin antes haberlo acosado. Aunque no creas que te tomo por dócil. Todo lo contrario. En tu sobriedad siempre se ocultó una reciedumbre seductora que las de mi estirpe detectan a la primera mirada. Perteneces a esa especie rara de bipedos urbanos que arrastran por el mundo una lucidez sin forcejeos: la cadencia sencilla y constante, de los que cruzaron el mar desde muy temprano. Eso me gusta: nada de mendigar imágenes ni robarle el fuego a palabras prestadas. Diste lo tuyo y fue suficiente. Verás como nos sobra tiempo para conversar de estas cosas.

La gente allá abajo, querido Julio, parece consternada, como si nuestras bodas vinieran a interrumpir una fiesta en que todavía hay cuerda para rato. Es que partir conmigo siempre parece

En esto improvisamos todos, desde Charlie Parker hasta esa maga que se despidió del Río de la Plata sin saber que más allá del horizonte también se habían levantado ciudades con arco iris, faroles,



improvisación. Con tu gusto por el jazz, eso no debiera molestarte. Además, tus 69 años indican que dentro de todo ya entrabas, según las estadísticas, a la edad de merecer. Lo que les duele a los tuyos es que todavía estás fresco, casi sin usar, imberbe a rabiar. ¡Pero yo me aburro con esos hombres marchitos y tediosos que me llegan a granel! Me gusta, precisamente, tu gesto infantil, tu cuerpo grande y roble, y esas manos de gigante que todavía ahora, en el cajón, no es cosa fácil acomodarlas. Quizás me apuré un poco, pero no me permito ese gesto derrochador que llaman arrepentimiento.

y lágrimas grasas como la miel.

¿En qué nos parecemos? A ambos, Julio, nos fascina jugar. Tú te casaste con la literatura desde temprano porque con ella podías burlar los mapas de la repetición, como lo hago yo con los infartos masivos. Tu retraimiento de escritor y tu adicción a la fantasía siempre tuvieron olor a mortaja. ¿Te sorprende lo que te digo? ¡Seguro que no! En esto no eres neófito. Bajo la tela de tus ficciones siempre flirteamos tú y yo, del otro lado del relato, topándonos sin habernos buscado, tratando de sacudir el tedio de los días con un estampido

de locura. Sutiles arrebatos que nosotros, los del oficio, manejamos a discreción. ¡Todo lo que escribas me llamaba a gritos! ¡Todo lo que paseabas por el papel era un merodeo en torno de lo definitivo, un final que dibujabas, borrabas, peinabas y despeinabas!

Confío en que aprenderás a amarme y que encontrarás en mi regazo el calor que día a día robo al mundo de los vivos. No soy ni el paraíso ni el infierno, sino tan sólo una vieja solterona aburrida que incursiona en las comarcas del amor con los candidatos más insospechados. Empiezas ahora, te gaste o no, esta otra novela inconclusa donde todo está permitido, pero también previsto. Lamento privarte de los dones de la sorpresa, pero te enseñaré a encontrar la libertad lejos del asombro, en la apacible serenidad donde nada súbito podrá sucederte.

Y ahora, desnúdate, a menos que quieras partir con ese camisón de hospital en que tus dos metros cuelgan como si fueses cadáver de muñeco. No me mires con esos ojos leucémicos, recuerda que en pocos minutos la enfermedad será cosa del pasado.

Perdóname esta luz que triza los espejos. Con el tiempo aprenderás a mirarla a los ojos y te gustará. De verás que te gustará.

Siempre tuya,
La muerte.
Continuará...

Desnúdate Cortázar, te vengo a buscar [artículo] Martín Hopenhayn.

Libros y documentos

AUTORÍA

Hopenhayn, Martín

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Desnúdate Cortázar, te vengo a buscar [artículo] Martín Hopenhayn.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile